

el extremo micro de la política interna más cotidiana de Argentina y en el margen macro de los iconos de la cultura global.

FROYLÁN ENCISO

MARK T. GILDERHUS, *The Second Century: US-Latin American Relations Since 1889*, Wilmington, SR Books, 2000, 282 pp.

La intención original de este libro, por lo menos la que el autor advierte en la introducción, es hacer un análisis de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina a lo largo del siglo XX, mejor dicho, desde que el “coloso del norte” apareció en la escena hemisférica como “gran potencia” e incorporó, de manera más tangible, al resto del continente en su propio proyecto de desarrollo. Hasta aquí, la meta del autor parece clara. Sin embargo, la intención de Gilderhus se complica cuando advierte que también le interesa analizar las respuestas latinoamericanas, su papel activo y propositivo en esta relación, y algo aún más complicado: sus percepciones e interpretaciones de las políticas estadounidenses en su trasfondo cultural “latino” (p.xi).

Cuando el lector se entera de esta propuesta, se dispone a leer un texto que promete una interpretación pluralista y preocupada por las “ideas” de unos y otros sobre lo deseable y aborrecible en términos de desarrollo y progreso. Un ejercicio preocupado también, por un lado, por el significado de la existencia latinoamericana para la construcción de la hegemonía y el poderío estadounidense y, por otro lado, el impacto del “sueño americano” y su credo para la evolución política y económica de la América Latina. En pocas palabras, el libro parece tener la intención de abordar algo muy complejo: una relación entre dos mundos diferentes, condenados a vivir en un solo continente, durante un siglo extremista y apasionado hasta el último de sus días.

Desde ya conviene aclarar que lo arriba descrito no es el contenido del libro. Hacia la página 247 el lector se da cuenta de que de esta intención se derivó otra muy diferente, un relato bien escrito de las políticas estadounidenses hacia América Latina y una descripción detallada de la historiografía de ese país sobre el tema.

Queda la sensación de que el autor no logra, y tal vez ni siquiera intenta formalmente, establecer un hilo conductor a lo largo del análisis de todo un siglo de diseño en la política exterior hacia América latina. Sin embargo, apelando a la intuición y la lectura entre líneas, podría decirse que el autor tiene una posición muy parecida a la de Eldon Kenworthy y Robert

Packenham con respecto a que la política exterior hacia América Latina estuvo siempre influida, de maneras aparentemente contradictorias, por los valores tradicionales de la sociedad estadounidense. Lo que Packenham llama el “liberalismo americano”.

Para Gilderhus, aparentemente, las posiciones oficiales de Washington siempre estuvieron permeadas por la creencia de que su política era en esencia benéfica para sus vecinos del sur. En todos los periodos estudiados hay una constante, las administraciones estadounidenses tienen una fórmula preferida para el desarrollo de América Latina que intentan “exportar” mediante diferentes técnicas: en primer lugar el libre comercio y la apertura financiera, y en segundo lugar la estabilidad política.

Desde el primer Roosevelt y la política del gran garrote hasta la firma del TLCAN en la presidencia de Bush y Clinton está latente la idea de que cualquier cosa que pase con el sur del continente –del Río Bravo a la Tierra del Fuego– determina buena parte de la percepción que tienen los estadounidenses de sí mismos. Es decir, el éxito o el fracaso de los modelos de desarrollo económico y político para América Latina determinaron el éxito o el fracaso de la figura paternalista estadounidense en el hemisferio. ¿Ejemplos?

Los protectorados de República Dominicana, Haití, Nicaragua y Cuba a principios de siglo, la reacción de Wilson ante el “reto moral” (p. 45) de la Revolución mexicana, la política del buen vecino del segundo Roosevelt y su conciliación entre “los intereses vitales norteamericanos y las soberanías de América Latina” (p. 108), las reacciones de Washington ante los nacionalismos latinoamericanos a partir del inicio de la Guerra Fría, el anticomunismo como guía central de la relación con el resto del hemisferio, el “corolario Kennan” y su traducción en apoyo a gobiernos dictatoriales en América Latina, la Alianza para el Progreso, la política anti Cuba, la promoción de los derechos humanos de Carter, etcétera.

Es decir, tanto lo que parece que considera el autor como importante en la explicación de estas políticas como su propia interpretación son fundamentalmente etnocéntricas y “liberales”. Muy poco espacio se dedica a las reacciones de los diferentes países de América Latina, descritas éstas, la mayoría de las veces, como recelo, desesperanza y desconfianza. Sin embargo, en este punto valdría la pena hacer un matiz.

Es claro que la dificultad de encontrar una posición “latinoamericana” consensuada ante la presencia estadounidense es enorme, y tal vez sea así porque, en principio, puede ser inexistente. El reto de analizar la “América Latina” como un conjunto hace evidente la imposibilidad de hacer generalizaciones incluso cuando hay similitudes o coincidencias. Éste es un problema intrínseco al sujeto de estudio que escogió el autor, pero que tal

vez podría haberse evitado si en principio acepta que las posibilidades analíticas de su trabajo se limitan al estudio exclusivo de las políticas estadounidenses hemisféricas, con algunas referencias aisladas a las circunstancias y reacciones de algunos países latinoamericanos.

Una vez hecha la aclaración habría que decir que tal vez en su “etnocentrismo”, en este caso relativamente insalvable, radique la verdadera riqueza del libro. Es un reflejo bien estructurado de las discusiones estadounidenses sobre el tema y sus vínculos con las corrientes políticas internas. Una muy buena guía sobre casos específicos y sobre la literatura que se ha escrito en ese país al respecto. Digamos que es un manual para empezar.

Un comentario más. Hay otro punto muy importante que puede destacarse de la cronología o periodización que utiliza el autor en su trabajo. Los capítulos del libro se titulan como sigue: “*Expansion, Empire, and Intervention, 1889-1913*”, “*Revolution, War, and Expansion, 1913-1929*”, “*Depression, War, and the Good Neighbor, 1929-1945*”, “*Cold War, Dependency, and Change, 1945-1959*”, “*Castro, Cuba, and Containment, 1959-1979*”, “*Since 1979: The Limits of Hegemony?*” Basta el capitulado para que el lector deduzca que el papel de América Latina en la formulación de la política exterior estadounidense fue, a todo lo largo del siglo, secundario. Los periodos seleccionados por Gilderhus son los utilizados tradicionalmente para analizar la política “internacional” de los Estados Unidos. En cada uno de los subtítulos hay una intención de relacionar la política hacia el hemisferio con el contexto internacional, para señalar las condiciones y restricciones a las que se enfrentaban los líderes estadounidenses a la hora de lidiar con los países vecinos.

Tal vez, y esto es sólo un supuesto, el autor podría haber seleccionado periodos que tuvieran coincidencias fundamentales entre sí con respecto a la “idea” estadounidense de la mejor relación con América Latina, y así dar un poco más de énfasis a la relación particular con el continente sin dejar de lado, por supuesto, los condicionantes internacionales. Por ejemplo, los periodos que se caracterizaron por una mayor influencia “intelectual” o “académica” en la formulación de la política hacia América Latina. Los periodos en los que el “paradigma” era la cooperación económica o aquellos en los que las necesidades de “seguridad hemisférica” encarnaron en políticas directas de intervención. Por ejemplo, comparar el periodo de Wilson, Carter y Clinton, donde se creía que los regímenes democráticos eran “ideológicamente” la mejor manera de mantener el control en América Latina. Otro ejemplo, Franklin D. Roosevelt y Kennedy con los sistemas de “cooperación” económica, o, tal vez, las administraciones en las que el “colaborario Kennan” desplazó la pretensión de “crear” democracias funcionales en el continente y justificó el apoyo a gobiernos represivos. No sé, supongo

que esto es una tarea mucho más compleja y que tal vez no permitiría un rastreo cronológico de los acontecimientos en el siglo XX, pero también supongo que sería un ejercicio más interesante y con la posibilidad de establecer claramente algunos de los patrones que siguió Washington a lo largo del siglo.

Al final del libro, Gilderhus encuentra una continuidad en las relaciones hemisféricas y sugiere a los historiadores del siglo XXI que la tomen en cuenta: “la atroz desigualdad de poder, riqueza e influencia que hay entre los actores, la constante vulnerabilidad latinoamericana ante las intenciones ‘yankees’ [para usar un término común a lo largo del libro] y su preocupación por perseguir sus propios intereses sin dejar de cumplir con las expectativas norteamericanas” (p. 246-247). Tal vez, con otro tipo de método, podría haber encontrado conclusiones menos obvias, que, aunque no tan generales como las arriba descritas, pudieran enseñar a “los historiadores del siglo XXI” cómo reaccionaban los gobernantes estadounidenses ante distintas circunstancias y sobre qué “paradigmas” –un concepto citado varias veces en el texto– tomaban las decisiones para diseñar una relación conveniente y benéfica con el sur del hemisferio.

CARLA MEDINA PEREZGÓMEZ

CHRISTIAN DELACAMPAGNE, *La philosophie politique aujourd'hui (Idées, débats, enjeux)*, París, Seuil, 2000, 246 pp.

Con un título como el que tiene, el lector esperaría que *La philosophie politique aujourd'hui* fuera una enumeración más de las distintas escuelas o corrientes que conforman la filosofía política contemporánea, tal como se acostumbra en textos con títulos similares. No es el caso, y éste es, quizás, el mayor atractivo del libro en cuestión: el estrecho vínculo que Delacampagne establece a lo largo del mismo entre algunos debates contemporáneos en filosofía política, no solamente con sus antecedentes en la historia del pensamiento, sino también con la problemática política y social del mundo en que vivimos (de hecho, es en el subtítulo donde se refleja la verdadera naturaleza del libro). En *La philosophie politique aujourd'hui*, su autor revisa críticamente nueve distintas cuestiones o discusiones del pensamiento político moderno, las cuales giran alrededor de lo que él considera los tres grandes problemas que ha intentado dilucidar la filosofía política occidental desde el final de la Segunda Guerra Mundial, a saber: la libertad, la justicia y el nuevo orden internacional. Es evidente que esta lista podría